

Estar o ser, la gran diferencia  
Descubre el sentido y el origen de tu vida

**Griselda Vidiella**

# Un nuevo despertar

Luciérnaga

Griselda Vidiella

# Un nuevo despertar

Estar o ser, la gran diferencia  
Descubre el sentido y el origen de tu vida



Ediciones  
Luciérnaga

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del texto: Griselda Vidiella, 2015.

© imagen de cubierta: Sergi Garriga Riu.

Ilustraciones de interior: archivo de la autora.

Nos hemos esforzado por confirmar y contactar con la fuente y/o el poseedor del copyright de cada foto y la editorial pide disculpas si se ha producido algún error no premeditado u omisión, en cuyo caso se corregiría en futuras ediciones de este libro.

Primera edición: febrero de 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Libros Cúpula es marca registrada por Editorial Planeta, S. A.

Este libro se comercializa bajo el sello Libros Cúpula

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

ISBN: 978-84-15864-94-3

Depósito legal: B. 27.316-2016

Impreso en España – Printed in Spain

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

# ÍNDICE

<b>Prólogos</b>	<b>9</b>
Sonia Lamela (SLHonesty)	9
Montse Serret	13
<b>Primera parte: una sociedad enferma</b>	<b>15</b>
1. Conozcámonos	17
2. Vivimos en un sistema <i>trampa</i>	21
3. Hacia un autodiagnóstico	31
4. Medicina holística	45
<b>Segunda parte: una vida que sanar</b>	<b>53</b>
5. Mi mente no para	55
6. ¿Por qué no me entienden?	65
7. ¿Por qué me siento ansioso y triste?	71
8. Buscando a mi media naranja	77
9. ¿Por qué a mí no me sale nada bien, mientras que hay otros con suerte?	85
10. ¿Por qué me cuesta crear e intuir?	91
11. ¿Por qué me cuesta relacionarme con mis hijos?	95
12. ¿Por qué todo me es tan difícil?	99
13. No puedo	113
14. El Protocolo diario	121
15. Preguntas frecuentes	125

<b>Tercera parte: un mundo invisible</b>	<b>131</b>
16. ¿Cuál es nuestro origen?	133
17. Reencuentros con seres conocidos	149
18. Una nueva manera de entender el duelo	159
19. Limpieza energética	165
20. Chakras extracorpóreos	171
<b>Cuarta parte: planeta Tierra</b>	<b>181</b>
21. La humanidad en nuestro planeta	183
22. Tras el hundimiento de la Atlántida	191
23. Cambio de vibración planetaria	207
24. Creando un nuevo mundo	211
<b>Nota final de la autora</b>	<b>217</b>
<b>Agradecimientos</b>	<b>219</b>

## CONOZCÁMONOS

Quizá hace más de veinte años que tendría que haber escrito este libro, pero hasta ahora no he sentido que fuera el momento de hacerlo. Te doy las gracias por compartir estos momentos conmigo y deseo con todo mi *ser* que te ayude a tomar conciencia de tu vida, como sucedió conmigo. Aprovecho estas primeras páginas para presentarme y exponer algunas pinceladas de mi biografía. La transparencia y la integridad harán que conectemos desde el principio.

Yo nací como una niña índigo. Todos los que somos niños índigo tenemos una conexión en los dos hemisferios del cerebro, lo que nos permite tener una percepción más ampliada. Esto ocurre hoy en día en muchos niños. Es por ello por lo que siento que tengo que explicar mis inicios. A muchos padres les servirá para comprender a sus hijos.

Mis primeros recuerdos de percepciones extrasensoriales son de entre los cuatro y los cinco años. Percibía personas a mi alrededor que los demás no veían. Yo sabía que no estaban vivos. Era un saber profundo que nadie me había explicado. ¿Cómo los distinguía? Vestían igual que las demás personas, pero eran menos densos, más traslúcidos. También aprendí a distinguirlos por las facciones de sus caras y por su manera de mirarme. Me daban mucho miedo.

Por las noches sentía un pánico terrible. Yo quería hacer notar a mis padres que esas personas estaban en la habitación o el pasillo. Mis padres me respondían que eso era producto de la imaginación y que el miedo hacía que mi mente inventara aquellos seres. Sólo cogida a mi padre podía conciliar el sueño. Él de-

cía que debía tener miedo a los vivos y no a los muertos. ¡Ojalá alguien les hubiera explicado a mis padres qué era eso! Les habría servido para ayudarme. En aquella época se creía que los muertos buenos iban al cielo y los que se habían portado mal descendían al infierno. Lo demás eran alucinaciones.

A los siete años me di cuenta de que no tenía que comentar esas visiones. Debía guardarlo en secreto. Vi que no era *normal*, que a las demás personas no les ocurría lo mismo. A esa edad quieres ser como el resto de los niños. Supe que si explicaba mis percepciones, los demás pensarían que estaba loca. Así pues, fui ocultando esta realidad hasta los diez años. Durante todo este tiempo, lo que ocurría en mi vida era un *déjà vu* continuo: sabía lo que iba a pasar antes de que aconteciera. Era un fenómeno habitual que se producía una o dos veces por semana.

Tenía recuerdos de donde yo sabía que venía. Evocaba cuando vivía en «Atlántida». Mi padre me rectificaba y me decía «Antártida». Yo le contestaba que no, que se llamaba «Atlántida», y le describía la ciudad. Después él me respondía: «¡Mira que tienes una imaginación...!»». Mucho tiempo después, al estudiar técnicas regresivas, supe que desde pequeña yo había ido teniendo regresiones espontáneas a diferentes vidas, en la Atlántida y en otros lugares que pude comprobar.

Al cumplir los once años ya tenía claro que todo lo que me ocurría no era producto de mi imaginación. Experimentaba situaciones que no podría compartir con nadie. Yo buscaba información sobre lo que me pasaba, pero en aquellos años en España era muy difícil encontrar algún libro de metafísica. *El tercer ojo*, de Lobsang Rampa, fue el primero de ellos que cayó en mis manos. En esta obra se hablaba de otras vidas y de reencarnaciones. Me sentí aliviada al ver que yo no era tan rara y que a otras personas les había ocurrido lo mismo. A partir de ahí me las tuve que ingeniar para conseguir más obras publicadas en Buenos Aires. Cada nuevo libro que adquiría era un tesoro para mí. Era otra pieza que me ayudaba a configurar el puzzle; todo cobraba más sentido. Pero yo seguía queriendo ser *normal*.

Es por eso por lo que seguí estudiando *para labrarme un futuro*, como hacían los otros jóvenes y como los adultos espera-

ban que hiciese. Cursé el bachillerato y me formé en diseño de interiores. Me casé y tuve a mi familia. Monté diferentes negocios (todos ellos, por cierto, con mucho éxito) dedicados al interiorismo y a la decoración. Era mi manera de ser como los demás. Sin embargo, llevaba una vida paralela de aprendizaje y conocimiento. Leía todos los libros de metafísica que me llegaban. A los veintidós años empecé los estudios de Psicología holística, que hicieron que cambiara mi vida. Tanto es así que luego seguí estudiando naturopatía, reflexología, auriculoterapia, flores de Bach, reiki, técnicas energéticas, técnicas regresivas y psicología evolutiva, entre otras disciplinas. A los veintiocho años tomé la decisión de dejar el mundo empresarial para dedicarme de lleno al trabajo de la medicina holística.

Cuanto más iba involucrándome en este mundo de conciencia, más realizada me sentía. Sabía que había encontrado mi espacio en este mundo. Al poco tiempo vino la muerte de mi padre, un ser muy especial para mí y al que debo mucho. Incluso después de su muerte pudimos seguir conectando y él me abrió las puertas a otros planos de conciencia. Sé perfectamente que estas palabras sonarán extrañas para muchos. Lo entiendo, pero ha llegado el momento de despertar. Lamento crear un conflicto en algunos de vosotros, pero os estoy contando la verdad. Tenéis que saber que hay muchas personas que sienten estas mismas experiencias y no las pueden compartir. Ya desde este primer capítulo quiero darles la fuerza para que entiendan que lo que están experimentando es positivo. Puedes vivir en la Tierra como cualquier otra persona y, al mismo tiempo, evolucionar a través de esta conexión que tenemos. Gracias a mi padre, Ramón, y a las canalizaciones –a las que aún tengo mucho respeto–, aprendí a sentir claramente las vibraciones de quien me *bajaba* la información. Lo más importante a destacar es la conexión que tenemos en nuestros cuerpos multidimensionales. Mi padre me enseñó a conectar con guías y con seres de luz.

Fue al cabo de un año de estar trabajando como naturópata cuando empezó a *bajar*me la información. Hago sólo un inciso para que me entendáis. Podemos aprender simultáneamente en diferentes planos: en el que estamos viviendo aquí y en otro con

un estado evolutivo más elevado. Fue a través de esta interconexión con un plano de mi esencia más evolucionado como obtuve un aprendizaje que duró unos tres años: aprendí a tratar nuestros cuerpos físico, mental, emocional y energético, así como los bloqueos energéticos, de los que hablaré más adelante. Tuve que *traducir* toda aquella información que me *bajaba* para poder aplicarla aquí y curar a las personas. Así fue como nació el Método Keymac. Con este tratamiento, en FAC Centre Terapèutic Alternatiu de Catalunya sanamos todos los cuerpos y las dolencias físicas, psíquicas y emocionales hasta restablecer el equilibrio en la totalidad del *ser*. Cuando estamos bloqueados, no podemos vivir en armonía con nuestra esencia: nos protegemos con unas corazas que impiden que nuestra vida sea todo lo gratificante que debiera ser. Mediante el Método Keymac, nos reconectamos con aquel *ser* que tendríamos que haber sido siempre, con nuestro *ser* total, viviendo desde nuestro centro, desde la autoestima y desde la libertad. Ahora ya entiendes el porqué del *Estar o Ser* que has leído en la cubierta del libro.

Espero que, a través de estas páginas que te irán acompañando, obtengas una visión clara de lo que ocurre en tu vida. Sólo así podrás elegir entre vivir como hasta ahora o apostar por una vida más plena. Son miles los pacientes-amigos que a lo largo de los años han encontrado su camino, su plenitud. Muchos de ellos incluso han decidido realizar trabajos importantes para la evolución planetaria. Ojalá, así lo deseo, tú puedas ser uno de ellos.

## VIVIMOS EN UN SISTEMA TRAMPA

*Estar* o *Ser*. Desde que nacemos podemos optar por una de las dos posturas. *Estar* puede ser un segundo, un minuto, unas horas... *Ser* es perdurable. *Ser* es la opción que te mantendrá anclado en tu eje y te permitirá actuar como realmente eres. Si has escogido *Estar*, puedes estar enfadado, estar preocupado, estar alegre... Vives tu vida como una consecuencia de lo que pasa a tu alrededor: estás agobiado cuando en tu entorno hay problemas, estás contento cuando has tenido un día afortunado, y tantos otros ejemplos.

Procedemos así porque desde niños hemos estado integrando un tipo de aprendizaje que nos ha empujado a actuar de este modo. De alguna forma, nos han instado a almacenar conceptos y conocimientos hasta saturar el hemisferio izquierdo del cerebro. Aprender cada vez más y más parece excelente, y hasta ahora siempre se ha creído que era lo correcto.

De hecho, sería perfecto si además supiéramos trabajar con el hemisferio derecho en equilibrio. Esto raramente sucede. Lo más habitual es que vayamos creando un gran desequilibrio entre las dos partes del cerebro. El hemisferio derecho es la parte genuina, diferente y libre, la que conecta con el *ser* de la persona. El hemisferio izquierdo, en cambio, es un lugar de almacenaje de todo aquello que vamos incorporando.

Volvamos otra vez al *Estar* y al *Ser*. ¿Qué tal te suena la siguiente frase? Estoy feliz. ¿Y esta otra? Soy feliz. Detente unos segundos y vuelve a leer las dos frases. Enseguida notarás que la primera frase hace referencia a un estado variable, mientras que la segunda se refiere a algo permanente.

## Una enseñanza basada en llenar de datos el cerebro

¿Por qué hay tanto interés en que la enseñanza consista en almacenar datos y más datos? Pues porque nuestro cerebro no deja de ser como el disco duro de un gran ordenador. Si toda su capacidad la destinamos a almacenar datos y más datos, no dejamos espacio para otro tipo de aprendizajes. Desde la tierna infancia, la enseñanza se basa en llenar las gigas de nuestro cerebro con un sinfín de datos, la mayoría inútiles puesto que, si de adultos los necesitamos, tendremos acceso a ellos de múltiples maneras. No interesa que nos demos cuenta de esta aberración porque este formato de aprendizaje tiene un mensaje subliminal: si no memorizas y si tus exámenes no son excelentes, nunca serás reconocido profesionalmente ni podrás formar parte de la élite social.

Desde el final de la segunda guerra mundial nos han ido bombardeando con mensajes subliminales sobre la importancia de tener una buena educación e ir a un buen colegio, para después poder vestir trajes elegantes, conducir un coche lujoso y vivir en una casa maravillosa. Son sólo anzuelos. Desarrollando una única parte del intelecto, nos han ido introduciendo en un determinado sistema de sociedad en el que se valora tener un cargo de responsabilidad o vivir en una buena casa. Estamos tan adiestrados que, cuando la persona pierde el trabajo o la vivienda, se derrumba su mundo. Ni los propios docentes son conscientes de esta trampa. Ellos también han sido educados en el mismo sistema. Ahora los maestros se sorprenden de que los niños cada vez aprendan menos o se distraigan más, pero también esos cambios son el resultado de la evolución humana.

*Estar* significa formar parte del organigrama montado desde el aprendizaje basado en el desarrollo del hemisferio izquierdo. A la que le mueves una de las piezas de este engranaje, la persona se desmorona.

¿Por qué es tan importante que el ser humano no reconozca el hemisferio derecho? En el hemisferio derecho –contando que hay una gran parte que aún no conocemos– es donde está el centro de la creatividad, del talento natural de la persona y de la intuición. En esta parte del cerebro está la percepción fuera de la

materia. Es donde se encuentra la facultad de reconocer la interacción entre los seres humanos de manera innata. Es el lugar en el que reside la capacidad de conectar con el yo superior o la parte de la esencia más sabia que todos tenemos en nuestro interior. Entrenando este hemisferio, nos viene al pensamiento la palabra «libertad». Si estimulas el hemisferio derecho, tienes la fuerza de poder desaprender todas las instrucciones que has ido absorbiendo desde la niñez.

De pequeños, cuando en el colegio nos dicen cosas como «no hables», «cállate», «no interrumpas», «no te levantes», «no es el momento de que des tu opinión», y nos dan otras tantas instrucciones similares, nos están restringiendo totalmente la libertad. ¡Y a esto le llamamos educación! La idea no es fomentar que se conviertan en niños salvajes y maleducados, pero existen otras maneras de enseñar. Estas prohibiciones son determinantes para marcar sutilmente una manera de hacer. Si el niño no puede hablar, ni opinar ni llorar, aprende a cerrarse en sí mismo, a callar y a ocultar sus emociones. Así se empieza a esculpir la personalidad del que mañana será adulto. Cuando la criatura se cae jugando, se le dice: «No llores, que esto no es nada», «tienes que ser valiente» o «¿no has llorado? Olé». El crío interpreta estos mensajes como «no se llora», «llorar es de débiles» o «los chicos fuertes no lloran». Es una gota malaya que moldea la personalidad del niño, que entiende que no mostrar las emociones es ser valiente, es ser fuerte, es ser buen chico y es lo que se espera de él. Poco a poco, le han quitado la libertad: la libertad de expresarse, de protestar, de rebelarse... De él se espera que obedezca.

Los padres –que han sido educados en el mismo sistema– también fomentan este tipo de enseñanza, aunque no se den cuenta: «Si sacas un sobresaliente, tendrás un regalo», «tienes que sacar buenas notas para que papá esté contento», «debes esforzarte porque tus padres se sacrifican para que tú estudies», etc. De esta manera tan maquiavélica la sociedad va fabricando los futuros consumidores de trajes elegantes, coches lujosos y casas maravillosas. Hasta que llega un momento en que te das cuenta de que estás viviendo una obra de teatro que ni tan siquiera has elegido y de que sólo haces lo que se espera de ti. *Ser signi-*

fica volver al origen, desbloquear emociones y desaprender patrones de conducta.

## La educación de los padres refuerza la aberración

Muchas de las decisiones de los adolescentes están ligadas a cómo son sus padres, a los que podríamos clasificar en cuatro grandes categorías. Hay un primer tipo de padres de clase humilde y que han pasado dificultades económicas. No han podido ir a la universidad, como ellos habrían querido, y se han comparado con otros que sí han obtenido un título universitario. Es por este motivo por el que cargan con la frustración de ser supuestamente *ciudadanos de segunda*, aunque ahora vivan bien económicamente hablando. Como no han accedido al aprendizaje de un *ciudadano de primera*, proyectan su frustración en los hijos. Así empieza el chantaje emocional, que incluso puede llegar a hacer que los hijos se sientan culpables: «¡Lo que se han esforzado tus padres para que tú puedas estudiar!». Por supuesto que hay hijos que sacarán sobresalientes, pero los que no obtienen unas notas tan magníficas pueden llegar a sentirse impotentes. Este sentimiento de frustración y de culpa hace que se vuelvan adolescentes rebeldes y conflictivos, que se emborrachen, que caigan en las drogas...

Evidentemente, también encontramos padres que no han ido a la universidad, pero han tirado adelante con éxito. Han montado su propio negocio y son ricos, pero también sienten la frustración de no haber alcanzado los estudios que la sociedad considera razonables. El tipo de chantaje de estos padres es distinto: «Si sacas buenas notas, irás a la mejor universidad» o «si sacas buenas notas, te compro el coche», etc. A través de los hijos, equilibran su propia frustración. Les hace felices poder explicar que su hijo estudia Medicina, Derecho o Economía.

Por otra parte, existen los padres que sí tienen una carrera universitaria, a pesar de sus orígenes humildes. Su puesto de trabajo puede estar mejor o peor remunerado, pero al menos gozan de respeto y prestigio social. Estos padres van a exigir a sus hijos

que sigan el mismo patrón: «Si yo he podido, tú también puedes», «si yo soy director de una pequeña empresa, tú tienes que ser directivo de una multinacional», etc. Los progenitores quieren acabar con el estigma de sus raíces humildes y los hijos capean como pueden esta terrible presión.

Por último, están los padres descendientes de familias adineradas de la antigua burguesía. Para ellos siempre ha existido la empresa o el bufete de abogados de la familia. Los hijos nacen con el estigma del privilegio y pueden ir a un colegio de élite. De los jóvenes no sólo se pretende que tengan una carrera sino que al cabo de poco tiempo sean directivos de una multinacional. Estas familias se caracterizan por ser sociedades cerradas (son socios de un determinado club deportivo, van a un colegio muy concreto, etc.) y su peor defecto es el compararse. Siempre están atentos a los demás y compiten con las otras familias para ver quién obtiene más poder o un cargo de más responsabilidad. No se miden por una cuestión de dinero sino por el prestigio social. Los hijos de estas familias también se sienten presionados y pueden llegar a bloquearse o a caer en las drogas. Entre ellos tienen unas conversaciones impropias de su edad: en lugar de hablar de chicas y chicos, comentan cómo está la bolsa.

Después de leer estos párrafos, quizá te hayas sentido incómodo y agobiado. Puede que tú hayas vivido una de estas situaciones y conectes directamente con estas vivencias. *Estar* es formar parte de una obra de teatro que tú no has escogido conscientemente e interpretar el guion que otros han creado para ti.

Con todo esto quiero que tomes conciencia de que tanto el tipo de enseñanza en la escuela como la educación recibida de nuestros padres nos encauzan de tal manera que nos quitan la libertad personal. Entramos a formar parte de un sistema *trampa* y de una sociedad de consumo que han creado otros.

### ¿Qué se siente al «Ser»?

Desde luego, no creas que te sentirás todo el día contento, con ganas de reír y eufórico. La sensación es más bien de claridad

mental. Tú siempre mandas en tu mente. Ella trabaja para ti, resolviendo problemas y buscando mejores opciones para la vida que has elegido. En el próximo capítulo te explicaré que también dispones de tu percepción extrasensorial, que actúa como un GPS para buscar la mejor alternativa para ti, de manera instantánea y desde una vista en perspectiva. Funciona sin hacer los largos recorridos de los procesos mentales. En los procesos mentales incorporas tus miedos y eso hace que te pierdas en unos pensamientos circulares o incluso obsesivos.

Si controlas tu mente, obtienes concentración, discernimiento y una claridad objetiva y sutil ante cualquier situación. Por otro lado, puedes parar la mente por la noche para así entrar en un sueño profundo y reparador. Muchas personas tienen un sueño llamado intermedio: su físico descansa pero la mente está toda la noche activada, consumiendo energía. Se levantan agotadas o –peor aún– con el sistema nervioso debilitado. Pregúntate: ¿mi sueño es reparador? Si es así, tienes parte del trabajo hecho.

Cuando *eres*, tus emociones son estables. Pase lo que pase a tu alrededor, te sientes seguro y contento. Transmutas toda alteración o negatividad de tu entorno. Y, cómo no, sabes valorar todas las pequeñas cosas positivas en tu vida. Ésta es la capacidad que nos hace sentir realmente felices. Del mismo modo, cuando *eres*, estás conectado con tu energía vital. Es la energía emocional. Si estás en equilibrio, te sientes valiente, fuerte, apasionado, positivo y vibras con la vida.

Al *Ser*, te quieres. Estás conectado con tu esencia. Quererte es conocer tus ingredientes, tus semillas... Es reconocer lo que te perjudica, es saber decir «no». Y, por supuesto, es atraer a tu vida, por el principio de sincronización, aquello que necesitas y te hace sentir feliz.

Cuando *eres*, formas parte del Todo. Conectas con el hemisferio derecho, que, a su vez, se pone en contacto con tu memoria celular akáshica. De ella hablaremos más adelante. Ahora sólo te adelanto que en esa memoria está la sabiduría sin tiempo ni espacio. Gracias a la memoria akáshica, puedes conectar con otros planos de vibración de conocimiento. Así es como se llama al talento, a la inspiración, a la genialidad... To-

dos poseemos estas aptitudes, aunque son unas pocas personas las que saben aprovecharlas.

Al sentir que formas parte del universo es cuando realmente caminas con equilibrio, alegría y fuerza en tu interior. Tu nivel de vibración aumenta y sintonizas con atracciones más positivas en tu vida. ¿Que cómo ocurre esto? Porque somos seres vivos formados por células y átomos, es decir, somos energía. Como tales, emitimos ondas de frecuencia a nuestro alrededor, del mismo modo que somos receptores de las frecuencias de los demás. Es el principio universal de la atracción, del que seguramente habrás oído hablar. Con esto quiero decir que atraemos aquello que emitimos, y por eso es tan importante lo que pensamos: las ondas cerebrales emiten una gran energía y vibración. Por lo tanto, si nuestros pensamientos son positivos, atraeremos circunstancias positivas; y si son negativos, nos vendrán situaciones negativas. No es una utopía: seguro que tú también has experimentado estas vivencias.

## **Ha llegado el momento de la transformación**

Nadie despierta una mañana estando conectado con su ser interior, o al menos eso no es lo habitual. ¿Cómo sabemos que ha llegado el momento de la transformación? Pues porque empiezas a notarte rebelde y en total desacuerdo con lo que ves a tu alrededor. Te sientes impotente al darte cuenta de que vives en un mundo muy distinto al de tus ideales. Ante esta encrucijada sólo hay dos salidas. La primera de ellas es ser antisocial, como los bohemios, los ascetas, los ermitaños, los que habitan en una cueva o aquellos que han decidido ir a vivir a la India, por poner unos ejemplos. La segunda opción implica sanarte a ti mismo para tener la fuerza de cambiar esta sociedad. Te preguntarás por qué debes sanarte, y la respuesta es bien sencilla: porque tú también pasaste por todos estos aprendizajes y aún no estás en completa armonía con quien tú eres. Cuando desaprendes y reconectas con tu ser verdadero, encuentras la valentía, la fuerza, la creatividad y sabes qué pieza ocupas dentro del cambio planetario y social

que estamos viviendo. Cada uno de nosotros somos imprescindibles para generar este cambio.

¿O acaso no te has dado cuenta de que la sociedad está cambiando? Estamos en plena crisis del modelo capitalista. El punto de inflexión fue en el año 2008 y, en el caso de nuestro país, lo experimentamos con el estallido de la burbuja inmobiliaria. La sociedad se está quebrando porque no nos podemos aferrar a las antiguas bases: ya no nos las creemos. Los negocios son diferentes. Emergen nuevas maneras de hacer empresas, más alternativas y más sociales. Esto sólo es el principio y tiene que ver con la evolución de la especie humana.

El hombre ha evolucionado durante miles de años, y en la Historia reciente nos es fácil encontrar personajes con mentes privilegiadas, individuos mucho más avanzados que sus coetáneos: Jesucristo, Ludwig van Beethoven, Albert Einstein y muchos más. Tiempo atrás podía haber unas pocas personas excepcionales, pero hoy en día son cada vez más habituales las niñas y niños innovadores, intuitivos, con talento innato, capaces de tener percepciones extrasensoriales y conectados con su esencia. Son los denominados niños índigo. La especie humana ha evolucionado de manera exponencial desde mediados del siglo pasado. Los primeros en manifestarse en contra del sistema fueron los hippies, quizá con poca fortuna. Ahora que apenas nos acordamos de ellos, empieza un nuevo movimiento de personas más evolucionadas que sus contemporáneos y que tiene como objetivo el cambio de paradigma.

Los niños índigo se caracterizan por la conexión entre sus dos hemisferios del cerebro a través del córtex. Esto implica la activación del hemisferio derecho, que durante muchísimas generaciones ha sido inoperante. Los niños índigo están alejados de la dimensión de la supervivencia, que trae consigo una competitividad mal entendida –el pasar por encima del otro para lograr el objetivo propio– o unas relaciones de poder caducas. Son personas más avanzadas a nivel mental, ético y espiritual. Están llamados a liderar el cambio hacia una dimensión más altruista, solidaria y en la que todos sumamos para obtener el beneficio común.

En la medida en que los niños desaprendan las antiguas estructuras mentales y conecten con su ser, sabrán qué pieza deben ocupar en el engranaje de esta sociedad en construcción. Los que fueron niños índigo son los que hoy están creando alternativas sociales y nuevas maneras de hacer las cosas. Ocurre de manera innata.

Los padres con hijos pequeños tienen la oportunidad de educarlos en el nuevo paradigma. Es necesario que sean conscientes de que eso implica el trabajo previo de liberarse de los aprendizajes incrustados en el subconsciente que les hacen funcionar como un hámster en la rueda.

Tú también puedes elegir entre seguir *estando* en la vieja trampa y formar parte de una sociedad obsoleta, o bien *ser* una persona libre, innovadora y creadora de tu propia vida y de la nueva sociedad. Cualquier decisión es buena: todos podemos escoger qué queremos en nuestra vida. Éste es tu momento. Si estas páginas han despertado en ti la curiosidad por emprender el cambio, te animo a que sigas leyendo.